

REVISIONES

MARÍA JOSÉ MERCHÁN GARCÍA. *Écija (Provincia de Sevilla. Hispania Vltior Baetica)*. Corpus Signorum Imperii Romani - España, Volumen I, Fascículo 5. Sevilla 2015. 213 pp. 36 láminas b/n. 6 láminas color. ISBN: 978-84-472-1759-5.

El libro de M. J. Merchán (de ahora en adelante M.) pertenece a la colección CSIR-España. Su estructura y objetivos son muy similares a los de la obra precedente de dicha serie: el estudio de J. M. Noguera acerca de la escultura romana segobrigense (J. M. Noguera, *Segobriga (Provincia de Cuenca, Hispania Citerior)*, CSIR 1-4, Tarragona 2012), que recensé en AEspA 2014, 87, 287-288. Habida cuenta de la similitud entre ambas obras, voy a analizar el libro de M. utilizando un discurso muy parecido al que usé en la reseña del trabajo de Noguera.

Los volúmenes editados del CSIR-España se dividen en dos grupos. El primero está destinado a publicar esculturas romanas halladas en España en función de su lugar de procedencia; el segundo a estudiar problemas concretos de la plástica hispano-romana. El estudio de M. es el quinto fascículo del primero de los grupos mencionados y su objetivo es publicar la totalidad de los testimonios escultóricos romanos procedentes de Écija (Los volúmenes publicados del primer grupo son: M. Clavería, *Los sarcófagos romanos de Cataluña*, CSIR 1-1, Murcia 2001. L. Baena – J. Beltrán, *Esculturas romanas de la provincia de Jaén*, CSIR 1-2, Murcia 2002. J. Beltrán – M. A. García – P. Rodríguez Oliva, *Los sarcófagos romanos de Andalucía*, CSIR 1-3, Murcia 2006. J. M. Noguera, *Segobriga (Provincia de Cuenca, Hispania Citerior)*, CSIR 1-4, Tarragona 2012. A. S. Moreno Pérez, *Pollentia (Islas Baleares, Hispania Citerior)*, CSIR 1-6, Granada-Tarragona 2016. Los volúmenes publicados del segundo grupo son: J. A. Garriguet, *La imagen del poder imperial en Hispania. Tipos estatuarios*, CSIR 2-1, Murcia 2001. S. Vidal, *La escultura hispánica figurada de la Antigüedad tardía (siglos IV-VII)*, CSIR 2-2, Murcia 2005). Habida cuenta de que no se conoce ninguna otra escultura astigitana que pueda añadirse a las 124 piezas catalogadas por M., puede afirmarse que el libro ha cumplido este objetivo.

La obra se inicia con un prólogo escrito por P. León y T. Nogales (pp. 13-15), un apartado de agradecimientos (p. 17) y una introducción (pp. 19-27), que se divide en dos partes: por un lado, un resumen de la historia de la investigación y el estado actual de la cuestión (pp. 19-26); por otro, una explicación de la metodología adoptada en el trabajo (pp. 26-27). A continuación el libro se estructura en cuatro bloques:

1. Catálogo (pp. 29-76). En él se incluyen 107 piezas y dos anejos en el que se recogen 17 más. En el primero (p. 71) se estudian cinco hermas retrato; en el segundo (pp. 73-76) 12 pedestales estatuarios. El catálogo (para cuya organización cf. p. 26) se ha dividido en diferentes grupos: escultura ideal (pp. 29-38), retratos (pp. 38-40), estatuas femeninas vestidas-togadas (pp. 40-45), escultura menor-decorativa (pp. 45-51), varios (pp. 51-65), relieve (pp. 65-69), hermas retrato (p. 71) y pedestales estatuarios (pp. 73-76). Las piezas catalogadas contienen la siguiente información: número dentro del catálogo, nombre de la pieza, lámina correspondiente, procedencia, lugar de conservación,

número de inventario —que falta en algunas entradas, como por ejemplo en cat. nº 1, 2, 8, etc.—, material, dimensiones, estado de conservación, bibliografía, comentario y datación.

2. Análisis tipológico, estilístico e iconográfico (pp. 77-126). En este bloque se estudian los aspectos concernientes a tipos estatuarios, dataciones estilísticas y detalles iconográficos de las piezas astigitanas mejor conservadas (p. 77). Este apartado se divide en: escultura ideal (pp. 77-104), retratos (pp. 104-107), estatuas femeninas vestidas-togadas (pp. 108-114), escultura menor-decorativa (pp. 114-120), relieve (pp. 120-126) y varios (p. 126).

3. Elaboración, técnica y materiales (pp. 127-145). Este capítulo se divide en tres apartados fundamentales: en el primero se analizan los materiales en los que fueron realizadas las esculturas astigitanas (piedra local: pp. 128-129; mármoles: pp. 129-133; bronce: pp. 133-134; plata: p. 134); en el segundo se indagan las técnicas de labra de las piezas (modelado y trabajo del mármol: pp. 136-137; elaboración por partes y sistemas de encaje: pp. 137-138; reparaciones antiguas: p. 139; útiles y acabados: pp. 139-140; policromía: pp. 140-141; reutilización: p. 141; trabajo del metal: pp. 141-143); en el tercero se investigan los talleres en los que se produjeron las esculturas (pp. 143-145).

4. Contexto y función de las esculturas astigitanas (pp. 147-163). Este capítulo busca ofrecer una visión general de la configuración edilicia de Écija, presentando una lista de los edificios y ambientes susceptibles de haber albergado la decoración escultórica catalogada (p. 147). El capítulo se divide en función de las zonas en las que pudieron estar colocadas las esculturas astigitanas: plaza de armas (p. 149); espacios forenses (templo augusteo y recinto sacro: pp. 150-152, *forum coloniae* o sector oriental de los espacios forenses: pp. 152-154, espacios forenses occidentales: pp. 154-156); edificios de espectáculos (anfiteatro: pp. 156-157, circo: pp. 157-158, teatro: p. 158); otros espacios y edificios públicos (termas: pp. 158-159, otros edificios públicos de difícil catalogación: p. 160); zonas de uso doméstico (pp. 160-161); necrópolis (pp. 161-162) y piezas descontextualizadas (pp. 162-163).

El libro finaliza con un apartado de conclusiones (pp. 165-166); un listado con la bibliografía utilizada (pp. 167-206); tres índices (toponímico: pp. 207-209, museos y lugares de conservación: pp. 209-210, onomástico-tipológico: pp. 210-212); un listado de créditos fotográficos (p. 213); 36 láminas en blanco-negro y 6 láminas a color.

Los méritos fundamentales del trabajo son los siguientes. (I) Haber realizado análisis de las piezas que, a mi juicio, son correctos y muy completos en casi la totalidad de los casos (sólo tengo dudas en el caso de los análisis estilísticos. Para ellas cf. infra). (II) Ilustrar con al menos una fotografía la mayoría de las piezas contenidas en el catálogo (las únicas entradas que no han sido ilustradas son las incluidas en los dos apéndices: hermas retrato y pedestales estatuarios. Cf. pp. 71-76). (III) Incluir listados bibliográficos exhaustivos de los estudios realizados anteriormente sobre cada pieza. (IV) Aportar un nuevo corpus estatuario a los ya conocidos de la Península Ibérica.

A mi modo de ver, el problema fundamental del libro de M. es el método usado por la autora para la datación estilística de

las piezas. En la mayoría de los casos M. utiliza para concretar sus dataciones (de las piezas recogidas en el catálogo, sólo el retrato de Nerón/Vespasiano puede ser datado con seguridad, cf. cat. n.º 14, pp. 38-39) paralelos que no tienen cronología absoluta y no da preferencia a piezas hispanas. Si tomamos como ejemplo la amazona astigitana (cat. n.º 5, pp. 33-34) pueden apreciarse bien ambos errores. M. utiliza únicamente esculturas no hispanas como paralelo (p. 88, notas 285 y 286) y ninguna de ellas tiene cronología absoluta:

- En el caso de la cabeza de Hermes de Boston (D. Kreikenbom, Kopf des polykletischen Hermes, en: H. Beck, P. C. Bol y M. Bückling (Hrsg.), *Polyklet. Der Bildhauer der griechischen Klassik*, Mainz 1990, cat. n.º 37, 533-534): se desconoce el contexto del hallazgo y no hay ningún dato que permita asegurar su cronología.
- En el caso de la cabeza del Diadumenos de Kassel (D. Kreikenbom, Kopf des polykletischen Diadumenos, en: H. Beck, P. C. Bol y M. Bückling (Hrsg.), *Polyklet. Der Bildhauer der griechischen Klassik*, Mainz 1990, cat. n.º 78, 562): se desconoce el contexto del hallazgo y no hay ningún dato que permita asegurar su cronología.
- En el caso de las réplicas del Omphalosapoll (P. Zanker, *Klassizistische Statuen. Studien zur Veränderung des Kunstgeschmacks in der römischen Kaiserzeit*, Mainz 1974, n.º 5, 91): M. no especifica en el texto cuál de las copias utiliza como paralelo. Además las réplicas conocidas de la estatua no ofrecen datos que permitan asegurar sus cronologías.
- En el caso de la amazona de Copenhague (R. Bol, *Amazonen Volneratae. Untersuchungen zu den Epheischen Amazonenstatuen*, Mainz 1998, cat. n.º I.4, 175-176): se desconoce el lugar del hallazgo y no hay ningún dato que permita asegurar su cronología.
- En el caso de la amazona de Lecce (R. Bol, *Amazonen Volneratae. Untersuchungen zu den Epheischen Amazonenstatuen*, Mainz 1998, cat. n.º I.9, 179): su cronología adrianea se ha basado en su procedencia del teatro de la ciudad. Sin embargo, del teatro proceden estatuas de segura cronología julio-claudia (Por ejemplo cf. M. Cadario, *La corazza di Alessandro. Loricati di tipo ellenistico dal IV secolo a.C. al II d. C.*, Milán 2004, 238-239, lám. XXXII4) y, por lo tanto, no hay ningún dato que permita asegurar su cronología.
- En el caso de la amazona de Villa Adriana (R. Bol, *Amazonen Volneratae. Untersuchungen zu den Epheischen Amazonenstatuen*, Mainz 1998, cat. n.º I.10, 179-180): su cronología se ha basado en su procedencia de Villa Adriana. Sin embargo, el arco cronológico de las estatuas de Villa Adriana oscila entre época de Trajano (D. Ojeda, *Estatuas-retrato*, en: P. León y T. Nogales (coord.), *Esculturas de Villa Adriana*, en prensa, cat. n.º 271) y Heliogábalo (D. Ojeda, *Estatuas-retrato*, en: P. León y T. Nogales (coord.), *Esculturas de Villa Adriana*, en prensa, cat. n.º 318). Por lo tanto, tampoco en este caso hay argumentos que permitan asegurar la cronología adrianea de la estatua.

Lo más adecuado desde un punto de vista metodológico hubiese sido aplicar el análisis estilístico usando como paralelos: en primer lugar, piezas con datación absoluta procedentes de Hispania; en segundo, estatuas-retrato hispanas, cuyas dataciones puedan ser aseguradas por la preservación de las cabezas; en tercero, piezas con datación absoluta con independencia de su procedencia (Esta metodología ha sido utilizada por ejemplo en

C. Schneider, *Die Musengruppe von Milet*, Mainz 1999, 26-37). Mientras no se aplique un método similar, las dataciones estilísticas de las esculturas de Écija propuestas por M. no podrán ser aceptadas y deberán ser contrastadas en próximos estudios.

Quiero terminar resaltando un último mérito del libro de M.: ha convertido a Écija en la tercera ciudad hispano-romana cuyo ornato estatuario se ha publicado por completo. Hasta la fecha sólo Tarragona (E. M. Koppel, *Die römischen Skulpturen von Tarraco*, Berlín 1985) y Segobriga (J. M. Noguera, *Segobriga (Provincia de Cuenca, Hispania Citerior)*, CSIR 1-4, Tarragona 2012) habían recibido un tratamiento similar. Si se toman como referente los últimos tres catálogos publicados del CSIR-España (J. M. Noguera, *op. cit.* M. J. Merchán, *Écija (Provincia de Sevilla. Hispania Ulterior Baetica)*, Sevilla 2015. A. S. Moreno Pérez, *Pollentia (Islas Baleares, Hispania Citerior)*, CSIR 1-6, Granada-Tarragona 2016) puede presagiarse que los futuros volúmenes de la serie contribuirán a solucionar esta carencia.

DAVID OJEDA
Universidad de Córdoba

ANTONI MARTIN I OLIVERAS, *Arqueologia del vi a l'època romana. Del cultiu al consum. Marc teòric i epistemològic*, Premi d'Arqueologia Memorial Josep Barberà i Farràs, dotzena edició, Societat Catalana D'Arqueologia, Barcelona 2015, 245 p., 100 figuras, ISBN: 978-84-939254-7-5.

La obra ofrece un excelente estado de la cuestión sobre la producción vitivinícola en tiempos altoimperiales, atendiendo equilibradamente a la historiografía precedente, a las fuentes literarias y arqueológicas, y a las diversas propuestas de la teoría económica en su aplicación a la Historia. Focalizada particularmente sobre la provincia Tarraconense, se exploran nuevas perspectivas de la investigación, se avanzan resultados de la arqueología experimental y se aboga por la realización de estudios de microeconomía regional.

El libro de Antoni Martín i Oliveras que reseñamos fue merecedor del *Premi d'Arqueologia Memorial Josep Barberà i Farràs* en su duodécima edición. El trabajo responde al interés por sintetizar el estado del arte en la investigación de la vitivinicultura en el occidente del imperio romano, tanto en su vertiente de estado de la cuestión como en la de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas que permitan avanzar en la actual frontera del conocimiento de la temática.

La obra ofrece una notable estructura de diez capítulos a través de la cual su autor aborda las diferentes perspectivas y problemáticas que se concitan en torno al cultivo de la vid y la producción de sus derivados en la antigüedad romana. Así, tras algunos apartados introductorios, se trata secuencialmente de los aspectos ambientales y geológicos, de las fases y tareas que condicionan la viticultura y la vinicultura, y de cuestiones técnicas y tecnológicas que se relacionan con las fases de transformación de los productos agrícolas. En los capítulos siguientes se abordan diversas perspectivas relacionadas con la teoría del análisis económico: modelos, escalas, indicadores productivos, procesos de circulación, entre otros. También se destina un último capítulo a cuestiones culturales-ideológicas relacionadas con la cultura romana del vino.

Metodológicamente el autor trata cada capítulo con similar sistema, planteando sintéticamente la problemática oportuna, apoyado siempre en la historiografía, y en bastantes epígrafes recurriendo a las fuentes primarias literarias y arqueológicas, y complementándola con la perspectiva de la experiencia de su actividad profesional e investigadora, particularmente en el marco del proyecto del parque arqueológico *Cella Vinaria* de Teià y en la aplicación de los postulados de la arqueología experimental. Frecuentemente apunta a lo largo de su análisis las perspectivas y futuras líneas de investigación que propone recorrer para avanzar en el conocimiento de la temática, en particular aplicadas al contexto de la provincia *Tarraconensis* y de la *Laietania*, pues se plantea desarrollarlas en el marco de su tesis doctoral en curso.

La edición de la obra es muy correcta y está profusamente ilustrada, con un centenar de imágenes que incluyen gráficas, esquemas, útiles tablas, infografías, fotografías, mapas, croquis y dibujos arqueológicos. Bien anotada, ofrece además una bibliografía actualizada.

Entre los objetivos de la obra, Antoni Martín se propone un análisis de la cadena productiva del sector que permita inferir el grado de rendimiento y la productividad del viñedo, y posibilite la definición de los patrones-tipo de las explotaciones, un planteamiento aplicable mediante su investigación al estudio de la *regio Laietana*.

Particularmente interesante me parece el enfoque sobre la investigación de los estadios de la cadena productiva vitivinícola. Constituye en mi opinión uno de los aspectos que deben recibir mayor atención en los estudios de economía de la antigüedad romana, en el sector agropecuario pero también en otros sectores como el minero-metalúrgico y el pesquero-conservero, por citar dos especialmente relevantes para la economía de *Hispania*. Saber hasta que punto el proceso, sus distintos elementos desde la producción primaria hasta el consumo, está participado por los *possessores*, conocer cómo evoluciona a lo largo del tiempo la interdependencia entre los mismos, profundizar en el rol de las redes familiares y clientelares que sustentan el tráfico de mercancías entre los puertos del imperio, conocer las conexiones entre los mecanismos que activan, respectivamente, las economías de mercado y de prestigio, constituyen todas ellas problemáticas conectadas con el estudio de las cadenas productivas.

La obra se inspira en su tercer capítulo en los enfoques de la Arqueología Espacial y la Arqueología del Paisaje, atendiendo a cuestiones relativas a la evolución e incidencia climática, las condiciones geológicas, edafológicas y pedológicas, valorizándolas como elementos importantes para comprender las transformaciones del paisaje, y éstas transformaciones como factor destacado para el estudio más preciso de las parcelaciones y los catastros históricos. No se descuida en la redacción del capítulo la “percepción latina” de algunas de las cuestiones que, en términos modernos, se plantea la Arqueología del Paisaje, un enfoque que resulta especialmente estimulante para retroalimentar la investigación.

Se aborda a continuación, aunque separadamente, la problemática del cultivo del viñedo y la de la vinificación. Respecto a la primera cuestión se revisan ordenadamente los procesos de cultivo —preparación del terreno, organización del viñedo, su plantación y propagación, técnicas como el injerto y la poda— y se exponen algunas experiencias actuales de la investigación en el campo, como son los proyectos de estudios genéticos de las poblaciones vegetales (entre los cuales el SIVVEM —*Spanish*

Vitis Microsatellite Database) o los proyectos de viñas experimentales, entre las cuales resulta pionera la experiencia campana, que fue liderada por la Dra. Ciarallo y que contó con los testimonios fosilizados del *ager Pompeianus*.

Respecto a la vinificación trata el autor de sus tareas, desde la vendimia hasta el depósito del mosto en la *cella vinaria*, incidiendo sobre algunos de los debates historiográficos aún abiertos sobre ciertos aspectos del proceso. La fermentación, la vinificación y el envejecimiento se abordan posteriormente, bien desde los conocimientos vinícolas actuales, bien desde el análisis de las fuentes primarias latinas. Muy ilustrativa es la explicación de las prácticas y los tratamientos aplicados a los mostos que los agrónomos registran, que no son sino parte del saber empírico y tradicional desarrollado frente a unos procesos químicos que condicionaban la potencial cosecha. La adición de azúcares, la cocción, la maceración, la aportación de sales, cales, cenizas, harinas, especias, el empleo de resinas, la combinación de vinos, todo ello parte de los tratamientos aplicados a los mostos que se encuentran en la base de la diversidad vinaria que se registra tanto en las fuentes literarias como en los *tituli picti* anfóricos. Pero también otra expresión más de una sociedad dinámica en la que se generó una mentalidad experimental e innovadora, posiblemente potenciada por sus propios procesos socioeconómicos, que permitió cierto avance técnico y tecnológico.

Precisamente el análisis de la innovación tecno-funcional en ciertas fases del proceso de transformación agrícola es objeto del capítulo 6. Es este el capítulo central y más extenso de la obra, donde se analizan especialmente las tareas mecánicas de prensado a través de un exhaustivo estudio de la prensa de viga romana, y en el que se ponen en valor los resultados de la intervención arqueológica en el yacimiento romano de Vallmora en Teià. En su primer epígrafe se revisa la información literaria (particularmente Catón, Plinio, Vitruvio, Herón de Alejandría) e historiográfica (especialmente la obra de J.-P. Brun) sobre el ingenio de prensado; mediante la arqueología experimental se profundiza en el análisis técnico y funcional de la prensa, y también se clarifican cuestiones como la terminología latina de los elementos, los materiales y tipos de maderas empleados en su construcción, las técnicas de construcción, o las variables dimensionales de las prensas conocidas. La mecánica y la efectividad productiva recibe en el capítulo una atención destacada pues conduce al análisis y el objeto de las innovaciones técnicas identificadas arqueológicamente, destacando entre ellas las fosas de maniobra y contrapesos tipo *arca lapidum*, descritas por Plinio (*N.H.* XVIII, 327). Todo el capítulo está profusamente ilustrado y las conclusiones del mismo abren interesantes vías de investigación arqueológica para un mejor conocimiento de las unidades rurales de explotación dedicadas al vino.

Los siguientes capítulos (7, 8 y 9) se centran en aspectos más relacionados con la teoría económica. Y el décimo a los “aspectos ideológicos”.

Aunque el autor declara cierto eclecticismo entre las escuelas sustantivistas y formalistas, su análisis de los aspectos económicos tiende hacia posiciones modernistas. Así se expone la aplicación de la Teoría de la Producción, el esquema del Sistema y la Estructura Económica, principios como los de la Escasez y Eficacia Económica, la Ley de Rendimientos Decrecientes y la de la Oferta y la Demanda en un capítulo donde predomina la historiografía anglosajona y que muestra pocas conexiones con las fuentes literarias latinas. Abunda en cambio en la necesidad del análisis microeconómico como marco para analizar la cade-

na productiva y alcanzar los modelos económicos predictivos que expliquen la evolución regional de la viticultura en un espacio histórico dado como la Tarraconense.

Así se ensaya la aplicación de parte de este modelo al caso del viñedo romano en el capítulo octavo, reflexionando sobre los rendimientos vitícolas y vinícolas o sobre los costos de producción. Y en el siguiente capítulo sobre la escala de productividad en la distribución marítima de las *merces* y los factores endógenos y exógenos que la condicionan, en este caso con una mayor argumentación histórica, entre las cuales las aportadas por la investigación en el campo de la producción de envases anfóricos y el valor de estos artefactos como indicador económico.

Queda para las páginas finales un aspecto que en mi opinión resulta central para la problemática histórica planteada y que quizá mereciera una posición inicial en el argumento de la obra: las consideraciones culturales sobre el viñedo, la vid y sus derivados. Quizá desde postulados primitivistas parece fundamental plantearse la naturaleza ideológica del fenómeno económico y del bien analizado, una cuestión que está presente en la investigación aunque un tanto difusa y sólo concretada en el capítulo décimo. Pues los derivados vinícolas se sitúan entre los bienes de prestigio y de consumo, y, en este último caso, no parece siquiera constituir un bien de primera necesidad, como otros alimentos de origen agrícola. Además su uso y función requiere de una comprensión históricamente endógena, y, por ejemplo, su carácter medicinal y apotropaico se minimiza en la historiografía frente a su valor estrictamente económico. En realidad no deja de ser esta la naturaleza de la problemática de la economía antigua, la coexistencia de una economía de prestigio o emocional y una economía de mercado o racional, ambas integradas en un mismo contexto cultural y cronológico y cuyos matices con frecuencia se nos escapan.

Para concluir, la obra de Antoni Martín i Oliveras constituye un excelente punto de llegada y un mejor punto de partida para avanzar en los estudios históricos agroalimentarios en general y vitivinícolas en particular, de clara aplicación a relevantes espacios productores hispanos. El autor pone en valor su conocimiento histórico y arqueológico, además de recurrir a disciplinas agronómicas y económicas, sintetiza en la obra su percepción de la problemática, identifica los problemas, propone líneas que los supere y promete, en definitiva, futuros e interesantes resultados de su investigación en curso.

LÁZARO G. LAGÓSTENA BARRIOS
Área de Historia Antigua
Universidad de Cádiz

ANTONIO CABALLOS RUFINO Y ENRIQUE MELCHOR GIL (EDS.), *De Roma a las provincias: las elites como instrumento de proyección de Roma*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla – UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2014, 674 pp. [ISBN: 978-84-472-1597-3].

“El libro que con estas letras prologamos es el resultado del merecido homenaje que los miembros del Grupo ORDO (‘Oligarquías romanas de Occidente’) le brindan al Profesor Juan Francisco Rodríguez Neila con motivo de su jubilación administrativa y en reconocimiento a su excelente y meritoria trayectoria académica e investigadora” (p. 13). Con esta emo-

tiva dedicatoria firmada por los profesores A. Caballos y E. Melchor comienza el prólogo que inaugura la obra *De Roma a las provincias: las elites como instrumento de proyección de Roma*. Sólo dos reputados investigadores como ellos podrían haber reunido, aunando experiencia y juventud, a más de una treintena de especialistas en los más variados campos de la investigación histórica (la arqueología, la epigrafía y la historia antigua) con la finalidad de homenajear al profesor J. F. Rodríguez Neila.

Cuando el lector se acerca por vez primera a la obra comprueba que sus editores no han escatimado esfuerzo, tiempo y recursos en lograr el objetivo que se habían planteado. El resultado ha sido un amplio y valioso repositorio que tiene el interés de concitar un conjunto importante de trabajos fraguados en el marco del Grupo de Investigación ORDO. Estas contribuciones, que nutren un total de veintiocho capítulos, toman como punto de partida algunas de las múltiples líneas de estudio que el homenajeado cultivó (y esperamos siga haciéndolo) a lo largo de su dilatada y fecunda trayectoria, una vocación caracterizada —en palabras de A. Caballos y E. Melchor— “por el pundonor, un incansable espíritu de trabajo, la permanente lealtad a su compromiso universitario y una brillante discreción, expresados en una extraordinaria producción bibliográfica que ha supuesto la total renovación del conocimiento sobre los entresijos de la administración municipal romana” (p. 18).

El volumen, que cumple con los estándares de más alta calidad y rigor científicos, está organizado en torno a tres bloques temáticos: I. *Identidades y valores*, II. *Movilidad, funcionalidad y relaciones de las elites* y III. *Las elites en el marco municipal*. Pese a la diversidad de planteamientos y objetos de estudio que focalizan la atención de los veintiocho capítulos (un aspecto que enriquece formidablemente la obra), el libro se caracteriza por dos elementos: el compromiso unánime de todos los autores por contribuir al conocimiento de “la extracción, composición, dinámica, funcionalidad y ejercicio del poder de las elites hispanas” (p. 13), y el empleo mayoritario de una metodología prosopográfica.

Ciñéndonos estrictamente al contenido del libro, el bloque I. *Identidades y valores* (pp. 37-114) reúne cuatro trabajos de temática y planteamiento más generales orientados hacia la aprehensión de la mentalidad y el imaginario colectivo de las elites romanas. El primero es un estudio de F. Wulff sobre el concepto de “itálico” como problema histórico (pp. 39-68). En él analiza la cuestión de la identidad itálica en el siglo I a. C., abordando la no siempre fácil tarea de someter a revisión la conceptualización historiográfica de dicho constructo. Sin abandonar el campo de las relaciones políticas y militares con respecto al extranjero, R. Buono-Core analiza la evolución de la diplomacia romana desde la época monárquica (pp. 69-84), criticando la posición historiográfica “que presenta el mundo romano como una sociedad alejada de la paz” (p. 71). El tercer trabajo, perteneciente a F. J. Navarro, versa sobre las ideas y valores del imperialismo romano (pp. 85-100). El autor se propone responder a la cuestión de “si Roma aportó algo de su propia identidad o si simplemente se contentó con distribuir lo que otros habían creado” (p. 86), destacando tres posibles aspectos: una clara distinción entre lo público y lo privado, el desarrollo de un sistema de patronazgo y clientela y la singularidad del concepto de *orbis terrarum*. Cierra este primer bloque la contribución de C. Jiménez Cano sobre la percepción del juego entre los romanos (pp. 101-114), una actividad que la autora concibe como un vehículo de socialización y esparcimiento que bajo determinadas

condiciones fue utilizada por las elites romanas como un arma política para denostar al adversario.

El segundo bloque, II. *Movilidad, funcionalidad y relaciones de las elites* (pp. 115-240), acoge seis trabajos que comparten un mismo objeto de análisis: los viajes y desplazamientos de personas y la difusión de ideas e instituciones. Al estudio del primer aspecto han contribuido A. Bancalari, A. Álvarez Melero y C. Castillo. A. Bancalari aborda el tema de la libre circulación de personas y grupos en el Alto Imperio (pp. 117-130), deteniéndose en aspectos relevantes como los procesos migratorios, los viajes de los emperadores y las modalidades de identificación personal. A. Álvarez Melero, por su parte, analiza los desplazamientos de la mujer romana (excepción hecha de las *clarissimae*) con independencia de su ubicación geográfica y su condición jurídica y socioeconómica (pp. 131-158), un análisis que tiene por objeto conocer las circunstancias de su movilidad. Por último, C. Castillo focaliza la atención en el acceso de las elites béticas al rango senatorial (caso de los *familiares* de Séneca) (pp. 175-182), una integración alcanzada durante el Alto Imperio que enraizaría en el traslado de determinadas elites romano-italicas a *Hispania Ulterior* durante la República.

Toman en consideración la difusión de ideas e instituciones y la movilidad social y geográfica de personas los trabajos de I. Salcedo de Prado, E. Tobalina y M. Díaz de Cerio. I. Salcedo de Prado analiza el flujo de notables africanos hacia Roma como consecuencia de la extensión de las relaciones de *amicitia* en *Africa* por parte de senadores norteafricanos afincados en la *Urbs* (pp. 159-174), una relaciones que habrían constituido, en opinión de la autora, un “instrumento efectivo de promoción sociopolítica”. En clave de promoción sociopolítica interpreta también M. Díaz de Cerio el desempeño de sacerdocios relacionados con el culto imperial por senadores de origen hispano (pp. 215-240), una circunstancia cuyo cenit habría que situar entre los reinados de Domiciano y Adriano. Por último, sin abandonar la esfera de la religión romana, E. Tobalina pone el foco de atención sobre el colegio de los pontífices en Roma durante el período julio-claudio (pp. 183-214), comparando su prestigio, composición y funciones con las de los colegios pontificales instituidos en las colonias y municipios provinciales.

Finalmente, el ámbito local centra la atención de los capítulos que conforman el tercer bloque: III. *Las elites en el marco municipal* (pp. 241-668). En él tienen cabida casi dos tercios de las contribuciones que engrosan la obra (un total de dieciocho). Inaugura esta sección una novedosa propuesta de G. Pereira-Menaut sobre los *munera* en las ciudades romanas (pp. 243-246), resaltando su importancia como factor condicionante de la vida ciudadana. En la esfera de los *munera* habría que situar el papel desempeñado por los magistrados locales como defensores y garantes del orden romano, una cuestión analizada por R. C. Knapp que desmitifica la imagen de la ciudad romana como un espacio de convivencia alejado del conflicto (pp. 419-446). El resto de contribuciones, habida cuenta de su contenido, podrían distribuirse en cuatro apartados: el fenómeno de la auto-representación entre los miembros de las elites municipales; identidad y proyección social, política y económica de las elites hispanas; homenajes a notables y patronazgo cívico; y cuestiones de religiosidad y administración municipal. El primero estaría integrado por los trabajos de S. Lefebvre, S. Zoia y M. Rodríguez Ceballos – J. Salido. S. Lefebvre dedica su contribución al estudio de los formularios epigráficos relativos a la concesión de *loci sepulturae* a miembros de las elites locales (pp. 341-386), señalando que su uso sería la expresión de

una voluntad de imitar el *modus vivendi* romano y el testimonio de una plena integración cultural. S. Zoia analiza las causas de la escasa representatividad epigráfica de las elites *Mediolanenses* y el mayor protagonismo de otros grupos con importantes medios económicos (pp. 447-472), grupos a los que la autora ha calificado de “elite epigráfica”. Por su parte, M. Rodríguez Ceballos y J. Salido abordan la vertiente material de la auto-representación a través del estudio del empleo de la caliza de Espejón como soporte epigráfico de prestigio y elemento de ornamentación arquitectónica entre los miembros de la elite cluniense (pp. 633-668).

El segundo apartado estaría formado por las contribuciones de J. Gómez-Pantoja – J.-V. Madruga, I. Rodà – H. Royo, M.^a C. González – E. Ortiz de Urbina y S. Marcos. J. Gómez Pantoja y J.-V. Madruga presentan un estudio prosopográfico acerca de *Cocceia Severa* (pp. 247-272), un miembro destacable de la elite norbense cuyo matrimonio con *P. Numisius Superstes* de *Regina* le habría reportado el flaminado provincial en *Colonia Patricia*. I. Rodà y H. Royo han centrado su interés en el productor de *tegulae* *L. Herennius Optatus* (pp. 313-340), intentando determinar la ubicación de su *figlinae* a través de técnicas de análisis arqueométrico. M.^a C. González y E. Ortiz de Urbina dan a conocer los resultados de investigación sobre la procedencia y el *cursus honorum* de *M. Iulius Serenianus*, único notable procedente del Noroeste que desempeñó el flaminado provincial en *Tarraco* (pp. 523-546). Cierra este apartado S. Marcos con una contribución sobre las relaciones personales y familiares en Lusitania como instrumento de proyección sociopolítica y económica, incidiendo en la integración de las elites itálicas mediante el establecimiento de alianzas matrimoniales con miembros de las elites locales (pp. 591-616).

El tercer apartado estaría compuesto por los trabajos de A. Caballos y E. Melchor. A. Caballos da a conocer tres fragmentos epigráficos procedentes del teatro de Itálica (pp. 273-286), de entre los que destacan un fragmento de *mensa marmorea* dotado de inscripción que el autor identifica con un probable altar de consagración relacionable con la primera fase de monumentalización marmórea del teatro a comienzos del siglo I d. C., así como un homenaje a un posible duunviro adscrito a la *tribus Galeria*. E. Melchor, en cambio, pone el foco sobre las relaciones de patronazgo cívico entre miembros de las elites senatorial, ecuestre y decurional y las *civitates* hispanas (pp. 473-494), documentando que buena parte de los patronos de rango senatorial poseían estrechos vínculos con Augusto, lo que a su modo de ver sería un indicio de la subordinación del patronazgo cívico al poder imperial.

Por último, en el apartado dedicado a religiosidad y administración municipal podrían incluirse las contribuciones de F. Marco – S. Martínez – J. Santos, D. Fasolini, R. de Castro-Camero, A. D. Pérez Zurita, N. Santos, M.^a L. Sánchez de León y C. González Román. La primera de ellas formula algunas apreciaciones sobre la función y ornamentación del ara de Roda de Eresma (*ERSg* 57), concluyendo que podría haberse tratado de un ara votiva consagrada a una divinidad autóctona de carácter solar (pp. 287-312). En este mismo ámbito C. González Román reflexiona sobre la pervivencia del dios indígena Netón en *Acci* (pp. 617-632), determinando que habría sido asimilado por las elites locales a Marte. En otro orden de cosas, D. Fasolini prueba el elevado rendimiento de la aplicación de las nuevas tecnologías en el tratamiento y estudio de la documentación epigráfica relativa a la adscripción tribal de los ciudadanos romanos (pp. 387-398). R. de Castro-Camero fija su atención en los mecanis-

mos de depuración de responsabilidades políticas a nivel local en casos de malversación de caudales públicos (pp. 399-418). A. D. Pérez Zurita analiza los factores que contribuyeron a la introducción de la *aedilitas* en las comunidades hispanas, comparando sus competencias con las asumidas por los ediles en Roma (pp. 495-522). Sin abandonar el campo de las estructuras de poder local y regional, N. Santos toma en consideración la existencia de *principes* y *magistratus* entre los astures durante el siglo I d. C. (pp. 547-568), identificándolos con delegados del poder romano leales al emperador. Por último, M.ª L. Sánchez de León analiza la composición de las elites locales en las *Balears insulae* y su gestión al frente de sus respectivas *civitates* (pp. 569-590), pudiendo identificarse entre los siglos I y II d. C. una verdadera “elite dentro de la elite”.

En cuanto a los aspectos formales de la obra, el volumen presenta una excelente y cuidada factura debido a su impresión en papel satinado, encuadernación con tapa dura y sobrecubierta ilustrada a color. Cada capítulo dispone de dos breves resúmenes (uno en el idioma original del texto y otro en inglés o español), un aparato crítico sólido y un listado de referencias bibliográficas. Además, el texto en algunos capítulos ha sido acompañado de tablas, gráficos e imágenes en blanco y negro. En términos generales, la obra ha sido pergeñada en torno a un proyecto científico coherente que ha cumplido con solvencia los objetivos planteados. En conjunto, las veintiocho contribuciones dan sentido pleno al propósito del libro, pues no sólo aproximan al lector a las ideas y valores de las elites romanas, sino que permiten conocer a través de casos concretos los procesos de asimilación y emulación de dicho ideario por las elites provinciales, una elites que —como reza el título de la obra— constituyeron un poderoso instrumento de proyección de Roma.

DAVID ESPINOSA ESPINOSA
Departamento de Historia I
Universidad de Santiago de Compostela

MARÍA CRUZ CARDETE DEL OLMO. *El dios Pan y los paisajes pánicos: de la figura divina al paisaje religioso*. Editorial Universidad de Sevilla. Sevilla 2016. 300 p. ISBN: 978-84-472-1798-4.

Si siempre, y a pesar de la gran tradición historiográfica y de la inabarcable bibliografía, el estudio de la religión griega supone un reto al investigador, el tratar de figuras “marginales” dentro del panteón helénico supone no ya un reto, sino un auténtico desafío. El dios Pan representa, como pocos, la alteridad de una figura divina en el mundo griego organizado en torno a la *polis* o a la confederación; o, al menos, esa es la imagen tópica que se ha transmitido del dios-cabra (o cabrero) y de su país original, Arcadia. El presente libro, que en el momento presente solo podía deberse a la pluma de Cruz Cardete, no es un tratado analítico que aborde de manera sistemática y académica al dios Pan sino, más bien, como ya denuncia el título, un estudio sobre los paisajes pánicos, como la autora se encarga también de aclarar en las primeras líneas de la Introducción.

A lo largo de esta y del primer capítulo, “De la figura divina al paisaje religioso”, la autora insiste en esta concepción del paisaje como elemento cultural y como construcción social más allá de los componentes estrictamente biológicos; es esta

una tendencia reciente en los estudios históricos y arqueológicos que huye del determinismo geográfico y muestra el papel de las sociedades humanas como creadoras de esos paisajes en los que desarrollan sus actividades y sobre los que proyectan aquellos elementos que sirven para su elaboración y definición; y, en esos paisajes, las figuras divinas juegan un papel no solo relevante sino, sobre todo, seminal. A lo largo del capítulo, Cardete va presentando, con una bibliografía exhaustiva y una discusión siempre aguda, las distintas aproximaciones posibles al paisaje, en especial al religioso, como construcción demarcada por oposiciones relevantes, sintetizadas al final del mismo.

El segundo capítulo, “Pan desde el Medioevo a la actualidad” explora cómo este dios ha sido percibido, con el auge del Cristianismo, como la personificación, patente incluso en la iconografía, del Demonio. A través de un recorrido literario y figurativo, nos ilustra la autora sobre los usos y visiones, hasta el momento contemporáneo, de la figura de Pan. No estoy seguro de si la ubicación de este capítulo en el libro es la adecuada ni tampoco hasta qué punto la recepción del dios griego nos ayuda a entender su figura en la Antigüedad aunque sí, sin duda, sirve para ver los usos que el mismo ha tenido en nuestra cultura.

El capítulo tercero, “Del dios cabrero y cazador al paisaje económico” se inicia comentando una serie de imágenes griegas, de diversas épocas, que representan al dios Pan y su progresivo proceso de antropomorfización desde la cabra originaria; de ahí pasa al ambiente propio del dios, Arcadia, en el que el dios Pan muestra su multivalencia, bien presentada por la autora, de “dios cabra y cabrero, animal, humano y cazador” pero, al tiempo, protector de la agricultura, la cual requiere de las actividades del dios para su desarrollo. Ello le lleva a analizar la transhumancia (o quizá solo transterminancia o transtermitancia) en Arcadia como factor importante de su economía, jalonada además por diversos santuarios extraurbanos dispersos por el territorio que sirven para caracterizar los límites entre las áreas urbanas y el territorio agreste. Completa el capítulo el análisis de uno de estos santuarios, el de Berecla, en los contrafuertes meridionales del Liceo y sus exvotos que aludirían a la faceta cazadora de Pan. Nos da la impresión de que se podría ir algo más allá en el estudio de la extracción social de los oferentes si la distinción entre exvotos de terracota y de bronce se hubiese afinado más puesto que el valor intrínseco del material es ya de por sí un indicador económico y social y la autora podría haber abundado más, a través de este análisis, en su discusión sobre la sociedad que está tras estos exvotos; aun compartiendo su visión de que no estamos ante toscas figuras ofrecidas por pastores desposeídos, no podemos perder nunca de vista que, por muy bien elaborada que esté una figura de terracota (y la autora hace hincapié en este aspecto), su valor será siempre muy inferior al de un objeto de bronce. La discusión queda además algo desdibujada cuando uno de esos exvotos, de gran interés, que representa a un zorro colgando, es presentado como una terracota en el texto, mientras que en la imagen que lo acompaña se le considera (correctamente) de bronce.

El capítulo cuarto, “Del dios de la Arcadia al paisaje identitario” aborda en primer lugar las rivalidades, dentro de Arcadia, entre quienes aspiran a ser el lugar originario del dios, en especial, entre Tegea y Mantinea. Ello le da pie para reflexionar sobre la construcción de la identidad étnica en el mundo arcaico; es partidaria la autora de que la identidad arcadia es de un tipo bastante laxo y que las afiliaciones que realmente importa-

ban se centran más en el mundo más próximo de las *poleis*. El cambio en esta tendencia lo sitúa Cardete, de forma acertada, en la fundación de Megalópolis de la que asegura que transforma un concepto (Arcadia y arcadios) de carácter regional en otro de tipo político y cultural. Ejemplifica las tensiones de su construcción política en el diferente trato que reciben Trapezunte y Licosura, que se oponen (entre otras) al proceso sincrístico; mientras que los cultos de la primera son desarraigados y trasladados a Megalópolis, los de la segunda, en especial la Despina, son integrados en la nueva *polis*. En Licosura, Pan desempeña un papel fundamental, con carácter mántico, y su figura es utilizada para la construcción de la identidad arcadia promovida desde Megalópolis. En ese proceso, el monte Liceo, sede del culto de Zeus, pero también de Pan, juega también un papel fundamental. El capítulo concluye con la expansión de Pan fuera de Arcadia, en especial en Atenas donde la figura de ese dios sirve para crear paisajes que responden a los intereses de esta *polis* durante el siglo V, desde articulación del espacio interno hasta la búsqueda de relaciones y contactos externos.

El capítulo quinto, “Del dios de lo agreste al paisaje de frontera” aborda la presencia de Pan en diversos santuarios extraurbanos en Arcadia y resalta la autora cómo su carácter de dios agreste no impide que sea un dios poliado. El capítulo se completa con el tratamiento de algunos de los rasgos asociados al dios, la música desenfundada, el sexo compulsivo y, en especial, el pánico y la panolepsia, que representan las dos formas de posesión por el dios.

En el último capítulo, “Del localismo a la universalidad”, se aborda la expansión del culto de Pan al mundo romano y, ya en el mismo, su progresiva conversión en el dios de la totalidad, en especial entre los neoplatónicos.

En las conclusiones, quizá en exceso breves y sintéticas, se recogen algunas de las ideas desarrolladas a lo largo de la obra.

El libro se inicia con un prefacio de Philippe Bourgeaud, uno de los más reconocidos especialistas en el culto del dios Pan y está adecuadamente ilustrado con fotografías, cartografía y planos de calidad bastante aceptable y siempre pertinentes. Una exhaustiva bibliografía concluye esta obra, que representa una aproximación muy personal al papel conformador de paisajes (entendiendo este concepto en múltiples sentidos) de esta divinidad en Arcadia y fuera de ella. Parte la autora de una amplia serie de trabajos propios en los que ha abordado muchos de los problemas metodológicos a los que se enfrenta este libro y, tal vez por ello, solo quienes hayan seguido estos trabajos puedan enfrentarse bien pertrechados a muchos de los debates ante los que nos sitúa esta obra; quizá un primer capítulo más extenso, en el que la autora hubiese expuesto de manera más sistemática algunos de los resultados de sus investigaciones hubiese sido recomendable y ello, a su vez, quizá habría descargado algunos otros capítulos (en especial el IV) de debates teóricos que se entremezclan con la presentación de las informaciones.

Para concluir, me da la impresión de que, tal vez, la multiplicidad de connotaciones que el término “paisaje” está adquiriendo en parte de la historiografía contemporánea debido, claro está, al auge de la así llamada “Arqueología del paisaje”, subsume en este concepto cuestiones que, si bien son abordadas por la autora, quedan algo desdibujadas cuando uno reflexiona sobre el libro tras su lectura. Se habla de construcciones de identidades étnicas, del proceso de conformación del *ethnos* arcadio, del papel de Megalópolis como impulsora de la etnicidad arcadia, de la creación, manipulación, reelaboración (y apropiación) de tradiciones míticas con fines políticos, del

uso, remodelación, redefinición y recontextualización de espacios sacros, de la economía de las ofrendas como medio de aproximación a la situación socio-política de los oferentes, de las variaciones iconográficas tendentes a la progresiva antropomorfización de un ser de rasgos primigenios animales, etc., etc. Todo ello puede contribuir a definir o a conformar “paisajes” pero, al menos esa es mi opinión, ese carácter globalizante del concepto difumina, siquiera parcialmente, la multiplicidad de aspectos que, con el trasfondo del dios Pan, son abordados en esta obra, la cual supone una novedad muy necesaria en el panorama de los estudios sobre la Antigüedad griega en nuestra lengua.

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO
Universidad Autónoma de Madrid

RICARD ANDREU EXPÓSITO. *La Geometría de Gisemundo. Edición crítica bilingüe y estudio del Ars Gromaticum Gisemundi*. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona 2015, 163 pp. ISBN: 978-84-490-5849-3.

Ofrece esta obra de Ricard Andreu una equilibrada aproximación al texto de Gisemundo, en la que aspectos históricos y filológicos son tratados con igual rigor. Este breve tratado era ya conocido, tanto a partir del manuscrito de Ripoll, base de esta edición, como del de París. Algunos autores se habían ocupado de él, en particular L. Toneatto, pero el trabajo monográfico de Andreu se ha convertido, sin duda, en la referencia esencial en el estudio de esta obra en el contexto del conjunto del *Corpus Agrimensorum Romanorum*. Efectivamente, la publicación viene a enriquecer y completar el corpus de textos técnicos sobre agrimensura romana y a argumentar su perduración durante la Antigüedad tardía y la alta Edad Media. Aporta, además, información específica sobre la Península Ibérica.

Destacan en la publicación tres aspectos: en primer lugar, el estudio de la filiación, transmisión e historia del manuscrito, que permite proponer un *stemma*, una cronología y la existencia de un manuscrito anterior hispano y en letra visigótica. En segundo lugar, la fijación y edición del texto y, por último, algunas propuestas interpretativas preliminares sobre el contenido y el contexto histórico del texto y de algunas de sus fuentes.

Ricard Andreu, tras un análisis del estado del manuscrito, argumenta su datación en torno al 800-820 (anterior al de París, del siglo IX), el origen visigótico de la copia y los motivos de su inclusión en el archivo de Ripoll. Muy reveladora resulta la investigación sobre las fuentes de Gisemundo, no solo por su papel para comprender los objetivos del autor y su perfil, sino también para valorar el peso que los tratados de los agrimensores imperiales conservaban y para completar nuestro conocimiento de algunos de ellos, en especial de una de sus fuentes básicas, las *Casae Litterarum*. La mano de Gisemundo se aprecia en las introducciones, los nexos y las referencias religiosas, además de, posiblemente, en la redacción de algunos fragmentos, quizás de parte de la *descriptio Hispaniae*. Entre sus fuentes Andreu identifica más de una decena, desde algunos de los más destacados *mensores* imperiales, como Frontino, Higinio, Higinio Gromatico, Sículo Flaco, Agenio Urbico, a obras como las citadas *Casae Litterarum* o los *Libri Regionum*, así como autores tardíos, como el Pseudoboecio, Isidoro u Orosio para la *descriptio Hispaniae* a la que aludiremos.

Parece Gisemundo un autor interesado en cuestiones prácticas, quizás él mismo agrimensor o geómetra, que atribuye a su texto una función didáctica. Resulta de enorme interés considerar que los conocimientos y praxis desarrollados bajo el imperio de Roma seguían vigentes y que adquirieron un nuevo sentido en el contexto de una Hispania con focos de poder visigodo y bizantino en conflicto. La determinación de los límites de las propiedades, los tipos de controversias y las formas de resolverlas, las condiciones del suelo y su vertiente jurídica continuaban importando en los siglos VI al XI.

El manuscrito de Ripoll está desordenado e incompleto y R. Andreu propone una recomposición del mismo en ocho secciones y tres libros, que guían la estructura en la que se basa su edición: el primer libro incluye cuestiones introductorias, los textos tomados de las *Casae Litterarum*, las referencias a la deontología de los agrimensores y un texto que enlaza con el segundo libro. Este incluye diez capítulos (tres de ellos perdidos), los siete conservados sobre *De spatio terminorum inter se continentium*. El tercero, los apéndices isidorianos, es apócrifo. El corazón de la obra es el trabajo de establecimiento del texto, presentando la versión en latín y una traducción en castellano, tras la edición en catalán que ofreció el autor en su tesis doctoral. Ricard Andreu ha realizado un cuidadoso trabajo, que tiene siempre en cuenta lecturas y propuestas anteriores, en un necesario y riguroso aparato crítico.

Desde el punto de vista de los contenidos, dos aspectos resultan particularmente relevantes. Por una parte, la aportación de la obra de Gisemundo para el estudio de las listas de las *Casae Litterarum* (sobre todo de la primera lista y en parte de la segunda). En este estudio se atiende tanto a cuestiones terminológicas (proponiendo interpretaciones para vocablos como *compagina*, *significare* o *litterae capitaneae/ liberaneae*), como históricas, considerando la utilidad que estos textos sobre litigios por el límite de propiedades conservaban.

Por otro lado, del mayor interés es la *discriptio Hispaniae* incluida en el libro segundo de la obra de Gisemundo, en parte basada en Orosio y en parte en una fuente bizantina no identificada, datada entre la mitad del siglo VI y el primer cuarto del VII. Ricard Andreu pone la relación esta fuente de la *discriptio* con operaciones de agrimensura bizantino-visigodas. En este contexto se detallan los términos que marcan límites administrativos, tomando como referencia la provincia Cartaginense. Las menciones a provincias, a ciudades y a otros topónimos, así como a *trifinia* remiten tanto a referencias clásicas en los textos de agrimensura, como a una nueva realidad geográfica que se ordena desde Cartagena. Sin duda, este fragmento *del Ars Gromaticae Gisemundi* pasa a ser una referencia ineludible para el conocimiento de la geografía de Hispania en la Antigüedad tardía. En el interés por la dimensión histórica del texto se detecta la relación del autor con el *Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana de la Universitat Autònoma de Barcelona*. Sin duda, tanto la investigación sobre los aspectos técnicos (incluido el vocabulario), como históricos, incluidos en este tratado tiene aún mucho recorrido. Profundizar en ello contribuirá a enriquecer la investigación sobre la ordenación del territorio bajo el dominio de Roma y la perduración y adaptación de estas prácticas en los siglos posteriores.

ALMUDENA OREJAS SACO DEL VALLE
CSIC, Instituto de Historia

RUI MORAIS Y RUI M. S. CENTENO. *Vasos gregos da coleção D. Manuel de Lancastre*. Universidade de Coimbra. Coimbra 2015. 85 p. ISBN: 978-989-26-0958-4.

Una de las colecciones privadas de cerámica griega más importantes de Portugal es, sin duda, la reunida por D. Manuel de Lancastre, que cuenta con 31 ejemplares de distintos estilos y periodos. En el presente libro se presentan 15 de estas piezas en una cuidada edición realizada por la Universidad de Coimbra y con unas ilustraciones de excelente calidad, a pesar del pequeño formato del libro.

Las piezas se agrupan según sus estilos y periodos; se presentan dos olpes de estilo etrusco-corintio, cinco vasos de figuras negras (dos copas de tipo A, una copa de los Pequeños Maestros, un ánfora de cuello y un escifo), cuatro vasos de figuras rojas (dos copas, un lécito y una hidria) y cuatro cerámicas apulias de figuras rojas (una cratera de campana, un coe, y dos copas de pie bajo).

Las piezas son cuidadosamente descritas y atribuidas, cuando ello es posible, a los diferentes estilos y pintores y sus paralelos son asimismo mencionados.

Se trata, en todos los casos, de piezas procedentes del mercado de antigüedades, por lo que sus contextos de procedencia son desconocidos; como suele ser habitual en estas piezas, su estado de conservación suele ser bueno o excelente y, en algunas ocasiones, se trata de vasos de gran calidad, como la excelente ánfora de cuello de figuras negras atribuida a la manera del Pintor de Antimenes, que presenta en su cara B a Eros y Thanatos transportando el cadáver de Sarpedón. Entre las figuras rojas, destaca una cílica del Pintor de Villa Giulia que presenta en su exterior una escena de palestra, en la que un lugar importante lo ocupa la representación de dos jóvenes lavándose en un *labrum* o *perirrhanterion*. Asimismo, un lécito del Pintor de Bowdoin presenta una Nike realizando una libación ante un altar.

El libro presenta el texto en versión bilingüe, portugués-inglés, lo que sin duda servirá para dar mayor proyección al mismo.

Aunque, en ocasiones, es justamente denostada la publicación de piezas antiguas sin contexto arqueológico conocido, el propio carácter de la cerámica griega, portadora de iconografías en sí relevantes, es siempre de interés a causa del uso de las mismas en estudios de más amplio recorrido. Algunas erratas presentes en la obra, advertidas por los autores, son enmendadas por medio de una fe de las mismas que acompaña al ejemplar.

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO
Universidad Autónoma de Madrid.

MARIA ISABEL VILA FRANCO. *Moneda antigua y vías romanas en el Noroeste de Hispania*. Archaeopress Roman Archaeology, 15. Archaeopress Publishing LTD. Oxford 2016, xii+574 págs.; ilustr. ISBN: 978-1-78491-399-1

Neste livro apresenta-se uma visão da monetização do NO peninsular ao longo das principais vias (XVII-XX) construídas pelos romanos nesta região, apoiada num detalhado e atualizado *corpus* dos achados monetários, onde é revelada uma assinalável quantidade de material inédito (pp. 241-536). Deve também

realçar-se que a obra agora apresentada é uma versão adaptada da tese de doutoramento da Autora (=A.), brilhantemente concluída na Universidade de Santiago de Compostela em julho de 2012 e superiormente dirigida por M.^a Paz García-Bellido, aqui expurgada de algumas partes de texto que permitiram reduzir substancialmente a sua extensão, facilitando-se assim a sua publicação. Cabe ainda aqui uma referência para a boa apresentação gráfica do livro, com uma generosa quantidade de quadros que apoiam convenientemente o texto, bem como algumas fotos de moedas e um assinalável número de mapas, desenhados expressamente para este trabalho (pp. 191-240).

Numa perspetiva geral, os resultados alcançados por esta investigação confirmam aquilo que já se conhecia sobre a difusão e uso da moeda na região até aos finais do século II (Centeno 1987), ainda que o contributo de Isabel Vila, tendo por base um *corpus* de achados, minucioso e atualizado (pp. 241-536), permite um maior detalhe e rigor na análise do processo de monetização que ocorreu em todo o território. Mas uma novidade que esta obra nos aporta, reside no estudo da circulação monetária entre os séculos III e V (pp. 112-66), pesquisa que, até agora, não havia sido convenientemente tratada para todo o NO (trabalhos para áreas mais reduzidas, cf. Barbosa 2004 e Pinto 2007), apesar da dimensão do material disponível para estudo.

Este e outros contributos anteriores (Centeno 1987; Blázquez Cerrato 2002) que vêm permitindo esboçar uma panorâmica sobre a circulação da moeda romana no NO, certamente com aspetos ainda incertos e discutíveis, fazem-nos acreditar que talvez tenha chegado o momento de se começar a orientar, mais decididamente, a investigação para estudos monográficos dos conjuntos de moedas mais significativos, resultantes de escavações arqueológicas em áreas urbanas e rurais, por forma a melhor se perceber os processos de abastecimento, difusão e permanência em circulação da moeda e das suas cambiantes locais e regionais. Quer na Galiza, quer no Norte de Portugal existem sítios arqueológicos com importantes núcleos de moedas que ainda permanecem inéditos, apesar do esforço de alguns investigadores em reverter esta situação, como é o caso do modelar estudo do numerário proveniente de acampamentos militares romanos, coordenado por M.^a Paz García-Bellido (2006).

Como já se referiu, a abordagem utilizada pela A. neste trabalho tem por base o registo dos achados monetários ao longo das vias da região, considerando uma faixa de 50 km para o interior do traçado das vias, opção que, de alguma forma, compensaria eventuais imprecisões dos itinerários utilizados, que seguem as propostas de António Rodríguez Colmenero (pp. 1-3). Claro que esta opção esbarra com um problema não negligenciável que se prende com a cronologia das vias: em termos gerais, as vias XVII e XIX, iniciada a construção no tempo de Augusto, estariam em pleno funcionamento no período júlio-claudiano, enquanto as vias XVIII e XX são posteriores, tendo a sua construção começado com Vespasiano. Mesmo admitindo-se que os itinerários destas vias seguissem, em parte, os traçados de caminhos naturais utilizados pelas populações da região anteriormente à chegada dos romanos e também pelos exércitos de Roma na fase de conquista, não deixa de ser problemático o estudo do comportamento da monetização até ao final da dinastia júlio-claudiana, por exemplo, ao longo da via XVIII ou da XX, quando estas ainda não existiam e, portanto, não tiveram qualquer influência na difusão da moeda ao longo das áreas contíguas ao seu futuro traçado.

No capítulo II, “Moneda, economía y sociedad” (pp. 5-18), Isabel Vila faz um útil enquadramento da região do NO dentro

da Península Ibérica, no que se refere ao aparecimento da moeda, à utilização de metais preciosos em operações de intercâmbio antes do uso da moeda e da possível continuidade destas práticas “hasta fechas mui avanzadas del Imperio” (p. 7). Também nos elucida sobre os diversos tipos de achados monetários que registou no seu trabalho (tesouros, moedas de escavação e achados esporádicos), refere-se ao papel do exército, do comércio, da exploração mineira e de outras atividades na difusão da moeda e, por último, trata da penetração no NO da moeda produzida em casas da moeda hispânicas.

A propósito das emissões hispânicas, na esteira de outros investigadores, a A. defende que as moedas de bronze de Augusto com a *caetra* no reverso (pp. 12-3 e também pp. 60-5), que data de 27-23 a.C., terão sido cunhadas em *Lucus Augusti*, fundamentando tal atribuição na elevada quantidade destas moedas registada em Lugo, que representam cerca de 70% (ou 65%, p. 65) do total destas peças encontradas em todo o NO, e ainda no aparecimento, também em Lugo, de dois “cospeles” similares aos utilizados para cunhar os referidos numismas. Tal atribuição esbarra com uma série de obstáculos: fundada entre 15-13 a.C., a cidade não existia no momento em que se cunharam as moedas da *caetra* (27-23 a.C.) e, por outro lado, os intensos trabalhos de escavação arqueológica realizados em Lugo não revelaram, até ao momento, quaisquer testemunhos de um acampamento militar anterior à fundação de *Lucus Augusti*, onde pudesse ter lugar a emissão deste numerário (a A. parece aceitar a existência de um acampamento legionário *ante* 15-3 a.C., todavia sem justificar, cf. p. 19, n. 103). A abundância de moedas da *caetra* em Lugo e no seu aro poderá explicar-se, talvez, por uma fixação de soldados (da *Legio VI Victrix?*), desmobilizados após o controlo militar da região, aquando da fundação de *Lucus Augusti*, que seriam portadores de quantidades assinaláveis de moeda militar. Por outro lado, novos achados em todo o NO parecem diluir um pouco mais a posição predominante de Lugo e, em nosso entender, o prosseguimento da investigação sobre o(s) local(is) de cunhagem e também sobre a cronologia destas emissões ajudarão a esclarecer algumas das questões que atualmente se levantam.

Isabel Vila refere (Cap. III, pp.19-34), em consonância com outros autores, que o afluxo e o uso continuado de moeda no NO efetivar-se-á com o final da guerra, em 19 a.C., e a pacificação de todo o território (?), defendendo (bem) que o numerário republicano e ibérico registado no NO será resultado de uma circulação residual de moeda antiga que permanecia no giro, mas também não descarta a hipótese de alguns exemplares terem alcançado a região em tempos anteriores (ver também, Cap. IV, pp. 35-50, onde faz um análise mais detalhada deste material). É sabido que o aprovisionamento de moeda fresca opera-se fundamentalmente através do exército e da administração romana, enquanto o numerário mais antigo vai entrando paulatinamente na região, em resultado da atividade comercial, de pagamentos de serviços diversos e também com chegada de indivíduos de outras paragens à procura de oportunidades, porque todos utilizavam a moeda corrente em circulação, onde as emissões mais antigas representavam uma fatia importante da massa monetária, comprovada pela composição dos tesouros monetários, sobretudo até aos finais do século I. No entanto, como sugere a A., é perfeitamente credível que algum do numerário republicano e ibérico tivesse chegado a certas zonas do NO em tempos próximos da data da sua cunhagem, sobretudo em áreas mineiras importantes que atraíram comerciantes mais corajosos e desejosos por realizar bons negócios, como poderá ser o caso

dos bronzes de *kastilo*, encontrados nas minas de O Carboeiro (Pontevedra), mas o mesmo já não será o caso referido de um AE também de *kastilo*, aparecido em Braga (p. 40). Talvez os achados de moeda grega de Bouço (Sabrosa, Vila Real), Monte Crasto (Gondomar, Porto) e Serra do Pilar (Vila Nova de Gaia) (pp. 36-8) se possam explicar pela presença de aventureiros, em tempos mais recuados, em busca de metais preciosos que sabiam existir na região, tendo em conta que os locais de achado destas moedas se encontravam nas proximidades de importantes zonas de exploração de ouro, mais tarde exploradas por Roma.

Isabel Vila faz ainda uma primeira análise da monetização de alguns dos principais sítios estudados, como Braga, Lugo, Astorga e Chaves, entre os centros urbanos, bem como os acampamentos de *Petavonium*, *Aquis Querquernis* e Cidadela e ainda uma referência aos núcleos secundários. Em dois quadros (figs. 14 e 15) do capítulo II, apresenta-se uma súmula do material utilizado nesta obra, constituído pelos significativos números de 2873 moedas procedentes de 128 sítios e 152 tesouros/depósitos monetários oriundos de 118 lugares. Uma observação sobre a província Transduriana, criada c. 22 a.C. e extinta provavelmente em 13 a.C.: não se entende a hipótese, formulada pela A., de *Lucus Augusti* ter sido a capital da dita província, já que a fundação da cidade terá ocorrido entre 15-3 a.C. (p. 21).

Ainda sobre o impacto das primeiras moedas no NO (Cap. IV, pp. 35-50), já referido em cima, uma palavra sobre as datações propostas para alguns tesouros pré-augustanos (pp. 48-50): parece-nos muito questionável relacionar o ocultamento dos tesouros de Monte Pindo (Boticas, Vila Real) e de Montedor (Viana do Castelo) com as guerras sertorianas, considerando cegamente apenas a data dos exemplares mais recentes dos referidos conjuntos monetários, 78 a.C. e 74 a.C., respetivamente. Para além de, no primeiro caso, apenas conhecermos somente 4 denários, as moedas mais recentes dos dois tesouros evidenciam um desgaste muito considerável, em resultado da sua circulação durante muitos anos, que faz baixar a cronologia do ocultamento do depósito para anos bem posteriores ao conflito sertoriano, sendo mais apropriada uma datação próxima dos meados do século I a.C. (Centeno 2011: 362).

No capítulo V (pp. 51-90) estuda-se o comportamento do numerário júlio-claudiano com uma análise detalhada material inventariado. Ainda que concordemos com os resultados a que a A. chegou, pensamos que esta análise geral (bem como a dos períodos posteriores) teria beneficiado, se o tratamento dos dados fosse confrontado com a utilização de uma abordagem quantitativa distinta, como seja, o cálculo das permilagens de moedas/ano, que a A. utiliza em outras situações, por diversas vezes, ao longo da obra. A título de exemplo, os resultados plasmados na fig. 37 (p. 52), onde se apresenta uma distribuição quantitativa dos 788 ex. avulsos registados para o período júlio-claudiano, em que o numerário de Augusto (327 ex.) aparece destacado, seguido pelo de Cláudio I (205) e Tibério (197), só para citar os 3 imperadores melhor representados, tais resultados alteram-se drasticamente com a utilização do cálculo das permilagens de moedas/ano, onde Cláudio I aparece claramente em destaque (15,76 moedas/ano), seguido por Tibério (8,56) e, quase a par, Augusto (7,97), sendo assim possível uma abordagem diferente à variação do nível de abastecimento de moeda ao longo dos diferentes reinados, a partir das moedas perdidas/ano.

Elucidativa é a fig. 52 (p. 64) onde se pode observar a repartição quantitativa das emissões peninsulares presentes no NO, onde sobressaem as cunhagens da caetra, no reinado de Augusto, e as produções de Turiaso, durante Tibério, confirmando os

resultados de estudos anteriormente realizados. Também muito interessante é a apresentação que a A. faz do numerário peninsular de Augusto em 4 horizontes cronológicos (pp. 65-70) que revela as alterações no abastecimento de moeda ao NO pelas casas da moeda hispânicas durante o reinado do *Princeps*.

Nos períodos das guerras civis e flaviano parece (pp. 91-101) ter-se verificado um certo arrefecimento no abastecimento de moeda à região, se confrontados os dados com os conhecidos para outras áreas, como o esclarece a fig. 94 (p.98), onde a quantidade de moedas/ano dos sítios do NO é manifestamente inferior à de outras áreas peninsulares. Como já havíamos sugerido há anos atrás (Centeno 1987: 230-31), a penúria de moeda na região, durante os flávios, poderia ter sido compensada com a manutenção da produção de emissões locais de AE (sobretudo asses) em nome de Cláudio I, muito abundantes no NO (p. 58). Por outro lado, os tesouros flavianos confirmam o fraco abastecimento de moeda neste período com uma presença importante de moeda velha na sua composição.

Durante o “século dos antoninos” (102-11) verifica-se uma estabilização no abastecimento e circulação da moeda, em que moeda produzida em Roma e o sestércio são dominantes. Os tesouros monetários, sobretudo, parecem evidenciar uma prosperidade económica e/ou uma maior disponibilidade de moeda de ouro, sobretudo nos centros urbanos, apesar da queda da exploração do ouro na região, revelando também um expressivo aumento do entesouramento de moeda de ouro a partir de Antonino Pio, e também de prata, panorama que condiz com os dados conhecidos para o restante território hispânico. A este propósito convém corrigir um lapso existente no tesouro n.º 4, encontrado em Braga, no ano de 1744 (p. 243), que é referenciado como um tesouro composto por 300 AE, quando na realidade são 300 áureos; esta falha deu origem a uma imprecisão na fig. 110 (p. 110), onde, na última linha, este achado é contabilizado como um tesouro de moedas de AE, bem como na página seguinte (p. 111), ao não ser considerado este depósito entre os entesouramentos de moeda de ouro mas sim entre os de bronze, cujo número, aliás, cresce durante os antoninos relativamente ao século anterior.

O comportamento da circulação da moeda durante quase todo o século III é analisado nos capítulos VIII (pp. 112-16) e IX (pp. 117-28). Com a desaceleração da economia já sentida durante o século II, na transição de centúrias a situação agrava-se com a deterioração do sistema monetário romano que conduzirá a criação de uma nova moeda, em 215, o *antoninianus*. Durante os severos verifica-se uma escassez no abastecimento de numerário, sendo predominantes as emissões dos antoninos e mesmo do século I na massa monetária circulante, situação que parece mais grave na região do que no resto da Hispânia. À semelhança do que aconteceu em outras regiões do Império, particularmente nas Gálias, alguns dos tesouros de asses, dupondios e/ou sestércios muito desgastados pela sua circulação, em que os exemplares mais recentes são dos imperadores antoninos, por certo, terão sido ocultados durante o século III, como deverá ser o caso do tesouro n.º 39 (pp. 246-7). Proveniente de Chaves, este tesouro é considerado estranhamente pela A. como do século IV, uma vez que considera como parte do conjunto 2 *antoniniani* e 1 *nummus* de Constante I; tais moedas são claras intrusões pertencentes a outros achados, ocorridas posteriormente ao estudo por nós realizado no Museu de Chaves nos inícios da década de oitenta do século passado.

Ainda sob a dinastia severiana, o entesouramento de moeda de ouro baixou dramaticamente mas, todavia, terá persistido no

ocidente peninsular, como o parecem comprovar os conjuntos monetários da Barroca da Laje (Teixoso, Covilhã) (Ruivo 2008, vol. I: 19-24; vol. II: 222-26, n.º 31), composto por mais de 39 áureos (e vários objetos de ouro), encerrando com uma peça de Geta César, de 203-8, e outro da região de Valpaços (Vila Real) com 196 áureos, de que estamos a preparar um novo estudo, em que a moeda mais recente, de Septímio Severo, data de 199-200 (Bravo 2006:114-46).

O numerário inventariado do século III testemunha que os circuitos de abastecimento de moeda mantiveram um regular funcionamento, notando-se uma predominância da moeda oriunda de Roma, acompanhada por algumas emissões gaulesas e cópias fraudulentas, onde se destacam as contrafações de Divo Cláudio II. O antoniniano transformado rapidamente em moeda de AE prateado, torna-se predominante, convivendo com os bronzes alto-imperiais que ainda se mantinham em circulação, verificando-se, por outro lado, um quase total desaparecimento da moeda de ouro. O entesouramento na região esteve limitado à única moeda disponível em quantidades consideráveis, o antoniniano, sendo particularmente abundantes as produções dos reinados de Galieno, Cláudio II, assim como as emissões póstumas deste imperador cunhadas sob Quintilo e os inícios do reinado de Aureliano; dos 16 tesouros registados, 15 foram ocultados entre 270 e os finais da década de oitenta, sugerindo-se (p. 127) que a não recuperação destes depósitos poderá estar relacionada com o encerramento de algumas minas e o conseqüente abandono de muitos povoados que forçou a deslocação das populações para outras áreas.

A moeda da tetrarquia (pp. 129-34) tem uma representação diminuta, a semelhança do que acontece em quase todo o território peninsular, com apenas 22 exemplares avulsos e dois tesouros de composição mal conhecida (p. 134): um dos tesouros, proveniente do Castro de Baínte (Orense), seria constituído por 12 antoninianos e *nummus* de Diocleciano, pós-reforma; o outro depósito, achado em Oímbra (Orense), incluiria cerca de 400 moedas, entre as quais moedas de ouro de Diocleciano e Maximiano. Tal panorama parece sugerir que o numerário saído da reforma de Diocleciano pouco terá circulado no NO, apenas estando registado na região um único tesouro, proveniente de Monte Mozinho (Penafiel, Porto), constituído por 236 *nummi* até Constantino I, em que os exemplares mais recentes datam de 313 (Lira 1984-5). Mesmo estando fora da área geográfica abrangida na obra em apreço, a utilização deste tesouro, pela sua raridade, poderia ajudar a documentar melhor a presença na região do novo numerário introduzido pela reforma de Diocleciano.

Nos capítulos XI e XII (pp.135-53 e 154-66), a A. trata o numerário que genericamente corresponde ao século IV, representado por 726 exemplares avulsos mais 21 tesouros da dinastia constantiniana e apenas 52 moedas perdidas, das dinastias valentiniana e teodosiana, a que se juntam 40 conjuntos monetários datáveis até inícios do século V. O numerário inventariado indicia uma grande fluidez no abastecimento de moeda ao longo de todo o século IV, em que as moedas produzidas nas casas de moeda ocidentais, particularmente de Roma e dos ateliers gaulses, são preponderantes até ao terceiro quartel desta centúria, constatando-se também um ressurgimento tímido da circulação de moeda de ouro, testemunhado em achados avulsos e tesouros, e uma total ausência de numerário de prata, aspetos já bem documentados em estudos realizados em outras áreas peninsulares. Curiosa é a acentuada diminuição de exemplares perdidos ao longo das vias, a partir de Valentiniano I, certamente em resultado do abrandamento da produção nas casas da moeda oci-

dentais, principais abastecedoras da Hispânia (p. 154), mas o número de entesouramentos cresce de forma significativa de 21 para 40, como atrás se referiu. Este aumento de tesouros, compostos quase totalmente por moeda do século IV e raros exemplares do século V (cf. fig. 184, p. 164), deverá estar relacionado com o período insegurança decorrente da chegada dos bárbaros à Hispânia em 409-10, uma vez que uma boa parte do ocultamento destes tesouros terá ocorrido bem dentro do século V.

O valioso *corpus* dos achados apresenta-se repartido em dois capítulos, o primeiro com os tesouros e depósitos (pp. 241-75) e o segundo com o inventário da moeda perdida (pp. 276-536), o que permite uma fácil consulta. Sempre que foi possível, a A. fornece toda a informação que permita a completa identificação das moedas quer de tesouros, quer perdidas. Segue-se uma extensa e atualizada bibliografia (pp. 537-62), muito completa, que revela o profundo conhecimento da A., seja da bibliografia local e regional, seja das obras fundamentais para uma exigente classificação do diverso numerário estudado. O livro termina com um generoso resumo em inglês (pp. 563-72) que será de grande utilidade aos leitores que não dominam a língua de Cervantes.

Em suma, estamos perante um de grande contributo para a história do NO na Antiguidade, que aporta dados inovadores sobre a monetização desta região, apoiados em uma sólida e paciente recolha e num aprofundado estudo dos achados monetários ao longo das quatro principais vias de comunicação construídas por Roma no noroeste hispânico. Por esta ingente obra cumpre-nos felicitar calorosamente e manifestar o nosso reconhecimento à Doutora Isabel Vila.

RUI M. S. CENTENO
Universidade do Porto e CITCEM

ISABEL BAQUEDANO BELTRÁN. *La necrópolis vetona de La Osera (Chamartín, Ávila, España)*. Museo Arqueológico Regional. Alcalá de Henares 2016, 2 vols. ISBN 978-84-451-3518-1

Son muchas las excavaciones arqueológicas que a lo largo de los años han quedado sin publicar por unos motivos u otros, unas por negligencia de sus directores y otras por fuerza mayor. Entre éstas una de las más llamativas por la importancia del yacimiento y la gran cantidad de materiales que había proporcionado, fue la necrópolis llamada de La Osera, en Chamartín de la Sierra, en la provincia de Ávila. Había sido descubierta en 1931 por Antonio Molinero, veterinario apasionado por la arqueología (Mariné 2012: 15), que ejercía su profesión por los pueblos de Ávila, el cual puso el hallazgo en conocimiento de D. Juan Cabré, que por entonces se hallaba excavando en Las Cogotas, castro cercano a cuya cultura pertenecía precisamente el recién descubierto y su necrópolis, elocuentemente denominada La Osera (Baquedano 2004: 385). Y juntos, Molinero y Cabré, comenzaron a excavar en aquella necrópolis a partir de 1932. Interrumpidos los trabajos a causa de la Guerra Civil de 1936, los reanudaron en 1945.

Quiso el destino, sin embargo, que un par de años más tarde, en 1947, falleciera D. Juan Cabré, y quedara la memoria correspondiente a tan importante necrópolis sin publicar. Había sido, sin embargo, costumbre suya llevar a las excavaciones a su hija Encarnación, joven estudiante. Y ella le fue ayudando a medida que su edad y su formación se lo iban permitiendo, hasta acabar,

finalizados sus estudios en la Universidad, codirigiendo con su padre las propias excavaciones. Y aunque nunca volvieron a pedir permiso para continuarlas, puestos de acuerdo Encarnación y Molinero, publicaron, en 1950, una espléndida memoria que recogía los resultados de los trabajos en uno de los sectores en que parecía estar dividida la necrópolis, al que llamaron Zona VI (Cabré et alii 1950), la más recientemente excavada, y en la cual ya había tenido Encarnación responsabilidades de co-directora. Y en la memoria dieron a conocer la magnitud del yacimiento, su riqueza y sus características esenciales, que la integraban por completo dentro de lo que ya se llamaba, por iniciativa de Cabré, Cultura de Las Cogotas.

Los otros cinco sectores, excavados cuando Encarnación era todavía muy joven, parecían estar condenados al silencio para siempre. Habían quedado, sin embargo, muy bien documentados, por ella misma, y por el propio Cabré, gran aficionado al incipiente, entre nosotros, arte de la fotografía, de cuyo uso en excavaciones fue uno de los pioneros (Blánquez Pérez y Rodríguez Nuere 2004). Es la documentación que ha aprovechado en nuestros días, para redactar con ella su tesis doctoral, Isabel Baquedano Beltrán, la cual, conocedora de los hechos, no dudó en tomar contacto con la ya anciana Encarnación y conjuntamente, uniendo los conocimientos y las ganas de trabajar de la joven arqueóloga y el celo y la generosidad de la familia Cabré, ha permitido que ahora puedan analizarse los documentos, identificarse los materiales, que se guardan en el Museo Arqueológico Nacional, reconstruirse los conjuntos y darles a conocer. Un trabajo de titanes si pensamos que se trataba de más de dos mil tumbas con sus ajuares.

El resultado han sido dos espléndidos volúmenes, uno para recoger toda la documentación gráfica de campo y laboratorio, de tumbas y ajuares, y otro para analizar, estudiar, comparar y sacar conclusiones. Conclusiones a las que no hubiera podido llegar en su tiempo el propio Cabré, pues es mucho más lo que ahora se conoce y los medios de que disponemos, que los que él hubiera podido utilizar en su día para tratar la abrumadora cantidad de datos que tenía. Siempre que ha sido posible, y para establecer con ellos un nexo de continuidad, la autora ha seguido las pautas marcadas por los arqueólogos en su publicación de la Zona VI, teniendo en cuenta además los resultados alcanzados en otros yacimientos paralelos excavados con posterioridad, entre ellos el de El Raso de Candeleda, en el que, durante bastantes años, hemos trabajado nosotros.

La primera pregunta que se hace la autora es el por qué de la distribución en zonas de la necrópolis y de la existencia en ellas de dos tipos de enterramientos, aunque se trate siempre de incineraciones, pero situadas en unos casos, la inmensa mayoría, en hoyos, y en otros bajo túmulos de diversas formas, levantados a base de piedras, curiosamente vacíos a veces, pero que en su conjunto nos hablan, dice Isabel Baquedano, de la importancia que en estas sociedades se daba a la muerte y de la conciencia que estas gentes tenían de la existencia de algo más allá de ella, lamentando las limitaciones de la Arqueología para poder llegar en este campo a conclusiones de mayor trascendencia.

A pesar de todo, intenta adentrarse en este tan íntimo campo espiritual del ritual y las creencias religiosas y a él dedica todo un extenso capítulo, que titula "Dioses, astros y astrónomos: el dibujo de la necrópolis", y encabeza con una elocuente cita del Génesis, "Dios puso las estrellas en el firmamento para guiar a la Humanidad", lo cual ya nos advierte de lo que va a ser su contenido y manifiesta el interés de la autora por estos temas y el dominio que tiene sobre ellos. Y es que Baquedano, con ayuda de los sistemas informáticos, ve en la posición de los túmulos y de las

estelas que marcan la presencia de las tumbas, una imagen parcial del cielo que nos alumbra, siguiendo las tendencias de la moderna arqueoastronomía, ciencia cuyo contenido ella ha sido una de las pioneras en aplicar entre nosotros, y lo ha hecho refiriéndolo a un yacimiento de la riqueza y la complejidad de La Osera. Y, tras estudiarlo concienzudamente, nos asegura que la necrópolis se planificó, de forma integral, con una serie de rituales que recogen los conocimientos del pueblo celta en todo lo relacionado con el calendario solar, e intenta descifrar, a través de la situación de las estelas y la orientación de los túmulos, el mundo simbólico de los vettones enterrados en la necrópolis. Algo, sin duda, muy sugerente, y aunque, superficialmente considerado, muy difícil de probar, el resultado que arrojan en su objetividad los sistemas informáticos, no parece dejar lugar a dudas. Sentimos no tener nosotros argumentos, ni conocimientos, para rebatirlo, aunque en principio nos cueste aceptarlo, admitiendo la propia autora que será una parte polémica de su trabajo y necesitará nuevas revisiones, en lo que ciertamente sí estamos de acuerdo.

En el siguiente capítulo se fija la autora en la "situación espacial de la necrópolis" con relación al poblado al que pertenece, y del cual algún sector se halla alejado centenares de metros, mientras otros se acercan tanto a él que algunas tumbas quedarán en su día cubiertas por la muralla cuando haya necesidad de ampliar el recinto fortificado. Se pregunta por la causa de la existencia de esos sectores diferenciados, en los que a veces se acumulan las tumbas hasta superponerse en dos o tres niveles, mientras entre ellos existen amplios espacios exentos. Pero es algo que no es privativo de La Osera, sino que se da también en otras necrópolis. Estos sectores o zonas diferenciadas las pone la autora, y han sido puestas tradicionalmente, en relación con la existencia de distintos clanes familiares. Y zonas diferenciadas que en El Raso no parecen darse exclusivamente en la necrópolis, sino también en el poblado, donde se observa la presencia de casas distintas que aprovechan elementos arquitectónicos comunes, lo cual parece delatar la existencia de estrechas relaciones personales (Fernández Gómez 2011: 368). Y conocemos allí hasta los nombres de algunos de estos clanes, los Caracicos, los Pintolancos, los Menetoviecos y otros (Fernández Gómez 1986: 908)

En la arquitectura de las tumbas parece ver la autora una clara evolución cronológica, partiendo de los grandes túmulos de la fase antigua hacia los pequeños de la más moderna, con un solo enterramiento e incluso sin él. Algo que en El Raso nosotros no pudimos constatar en las zonas excavadas, pero que sí intuíamos pudiera darse en unos túmulos inmediatos de la zona de Las Guijas, aparentemente expoliados, en los que no fue posible excavar (Fernández Gómez 1997: 115ss). Por eso establecíamos la secuencia cronológica a partir de la presencia o no en las tumbas de cerámica a torno, o de su mayor o menor frecuencia en los ajuares, algo que la autora no puede hacer en La Osera, pues no aparecen tumbas con solo cerámica a mano, lo que le mueve a pensar que las gentes se instalaron allí, fundaron el castro, cuando ya se había generalizado el uso del torno. Y pone su probable origen en el cercano poblado del Cerro de Los Castillejos de Sanchorreja, que a lo lejos se divisa, cuya vida termina precisamente en ese momento de la aparición de la cerámica a torno y la fundación de Chamartín. Al carecer de indicios en la cerámica, tiene que dar valor cronológico a la más o menos profunda posición estratigráfica de las tumbas y a las superposiciones que se observan en ellas. Todo lo cual no va a incidir en absoluto a la hora de establecer conclusiones, pero sí al fijar comparaciones y decidir, por ejemplo, cuándo desaparecen las cerámicas a mano con decoración a peine, sin duda las más características en todas

estas necrópolis, en las que son muy abundantes, mientras no aparecen con la misma frecuencia en los poblados, de los que en ocasiones, como sucede en El Raso, y podría suceder en alguno de los recintos de Chamartín, se hallan absolutamente ausentes.

Se fija a continuación Isabel Baquedano en el ritual funerario, recordando primero cuanto sobre este ritual conocemos por los relatos históricos de la Antigüedad que nos narran los funerales de algunos personajes heroicos, y afirmando después que el hecho de integrar aquellas gentes en sus ajuares funerarios las armas, arcos de montar, adornos y objetos de uso personal, incluso alimentos, y posiblemente hasta alguno de sus sirvientes o seres queridos, lo que explicaría la presencia de los enterramientos múltiples, ponen de manifiesto la creencia de aquellas gentes en una vida ultraterrena.

Está dedicado otro capítulo a analizar la población, su número y su posible estructura social, que basa la autora en los datos que pueden desprenderse de la riqueza de los ajuares de las tumbas descubiertas, aunque el número de variables es tan amplio que nos pueden hacer llegar a conclusiones erróneas. Por ese motivo nosotros hemos considerado siempre más lógico calcular el número de habitantes de estos poblados basados más en el número de casas que se conservan en él, que en el de tumbas de sus necrópolis. Y basados en ese número hemos calculado una población, para estos grandes castros de la Meseta, de un par de miles de habitantes cuando menos, mientras que si nos basamos en el número de tumbas de sus necrópolis apenas rebasan unos pocos centenares, entre 325 y 440 individuos, nos dice la autora, la cual, recogiendo los datos aportados por unos y otros arqueólogos, también se adhiere a la tesis de los miles de habitantes, por considerarla, dice, más verosímil.

Otro problema sería la razón de tan numerosa población, que no se da ciertamente en poblados de momentos anteriores. Y la razón podría hallarse en el proceso de aglutinación de la población dispersa que, al surgir los momentos de intranquilidad política que provoca la llegada en actitud belicosa de cartagineses y romanos, se refugian en los poblados. Y así se explicaría, en ese proceso, que dura más de un centenar de años, que en Chamartín el núcleo inicialmente fortificado se amplíe con un segundo recinto, y posteriormente con un tercero, que no llega a cerrarse por completo, quizá porque ya la victoria de los romanos sobre los indígenas era completa y, vencidos éstos, se impuso la pacificación con todo lo que ella significaba. En El Raso, tantas veces citado por la autora para establecer comparaciones, hemos observado nosotros que las gentes que están enterradas en su necrópolis no son las mismas que vivieron en el poblado fortificado. Que este es de un momento inmediatamente posterior, en el que ya han desaparecido por completo las cerámicas a mano, tan frecuentes en los ajuares de las tumbas, sobre todo las decoradas con los elocuentes motivos a peine. Algo similar podría suceder en Chamartín, a juicio de la autora, donde la necrópolis estudiada correspondería solo al primer recinto, el poblado inicial. Por lo que cuando éste, años más tarde, tenga necesidad de ampliarse, no se tiene inconveniente en cubrir con la nueva muralla las tumbas de unas personas de las que ya no se guardaba memoria. Son todas cuestiones a debatir que no podrán aclararse mientras no se excave con más intensidad en el poblado, y en cada uno de sus tres recintos, para poder compararlos entre sí y con la necrópolis, y sacar conclusiones.

El último capítulo lo dedica la autora a un minucioso estudio de todos los materiales recogidos en los ajuares de la necrópolis, mostrando en diversos gráficos su frecuencia y situación en los diversos sectores, y en algunos mapas su distribución en la Pe-

nínsula y el camino de las influencias que pudieron recibir. Entre los objetos de adorno destaca el gran número de fibulas encontradas, sobre todo las típicas anulares y las de pie levantado con resorte bilateral. Es elocuente, sin embargo, constatar, para situar la necrópolis en su periodo cronológico correcto, que no aparece ningún ejemplar en omega, ya de época romana, que sería interesante saber si aparecen en algún lugar del poblado, para admitir o no su estricta coetaneidad con la necrópolis o su mayor perduración, posiblemente hasta época de César, como queda patente en El Raso con los numerosos ases y denarios recogidos, las fibulas en omega y algún tipo de bocado de caballo que no aparece nunca en la necrópolis (Fernández Gómez 2011: 280 y 325).

En resumen, un magnífico libro. Por la gran cantidad de documentación que aporta, con la frecuente reproducción de los diarios de Cabré, los dibujos de Encarnación y los propios de la autora sobre los materiales del Arqueológico Nacional, y por los numerosos análisis, cuadros, gráficos, estadísticas, etc., que presenta de unos materiales que es imprescindible tener en cuenta para el conocimiento de lo que fue la Segunda Edad del Hierro en la Meseta de Castilla. Un libro, por tanto, que merece nuestra felicitación y agradecimiento y que puede servir de ejemplo para el estudio de los materiales de otras muchas excavaciones que se hallan sin publicar en los olvidados fondos de nuestros museos. Como merece nuestra felicitación la generosidad de la familia Cabré, la cual, una vez terminados sus estudios la Dra. Baquedano, ha entregado como legado toda esa documentación original, más de 200 carpetas, a la Universidad Autónoma de Madrid, donde se halla a disposición de los investigadores interesados en ella. Nuestra felicitación, por tanto, para ambos y para ambos nuestro agradecimiento.

REFERENCIAS

- Baquedano Beltrán, I. 2004: "El descubrimiento y las excavaciones del castro de La Mesa de Miranda y de su necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila)", J. Blázquez y B. Rodríguez (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid, 385-394.
- Blázquez Pérez, J. y Rodríguez Nuere, B. 2004: *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid.
- Cabré Aguiló, J., Cabré de Morán, E. y Molinero Pérez, A. 1950: *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, V. Madrid.
- Fernández Gómez, F. 1986: *Excavaciones Arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Ávila.
- Fernández Gómez, F. 1997: *La necrópolis de la Edad del Hierro de El Raso (Candeleda. Ávila)*. Las Guijas B. Memorias, 4. Valladolid.
- Fernández Gómez, F. 2011: *El poblado fortificado de El Raso de Candeleda (Ávila): el Núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla*. Ávila, Sevilla, Madrid.
- Mariné Isidro, M. 2012: "Don Antonio Molinero Pérez, apasionado por la arqueología", D. Hernández y J. P. López (coords.), *Nuevos paradigmas en la investigación arqueológica: Actas del segundo Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*, 2011: 15-28.

FERNANDO FERNÁNDEZ GÓMEZ
Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de
Hungría, Sevilla